

PRESENCIAS CRISTIANAS EN TIERRAS DE ISLAM

INTRODUCCIÓN :

Cuando digo presencias cristianas en tierras de Islam, pienso en mi experiencia personal y en la de mis compañeros Misioneros Padres Blancos que trabajan en el norte de África y en África subsahariana. Recorro a mi memoria para hacer un viaje que nos llevará a cinco países: Túnez, Argelia, Níger, Burkina Faso y Sudán.

Pero, para no quedarnos solamente en anécdotas ocurridas en otros lugares, me gustaría dar unas pautas concretas de actuación aquí, en el País Vasco. Gipuzkoa, comparada con otros lugares, no tiene muchos inmigrantes extranjeros, pero los tiene y sería bueno plantearnos cuestiones sobre nuestra manera de comportarnos con los emigrantes extranjeros que tratan de afincarse en nuestra tierra.

Propongo un plan en tres partes:

- Importancia del diálogo interreligioso hoy...
- Experiencias misioneras en África del Norte y subsahariana
- Pautas de actuación para nuestra situación aquí y ahora...

1. LA IMPORTANCIA DEL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO...

No voy a entrar en muchos detalles sobre la importancia y los motivos del diálogo interreligioso. Sólo apuntaré a dos razones, que son las que me parecen más relevantes:

- El diálogo interreligioso es importante por sus connotaciones teológicas. No todo vale igual. Pero, tampoco todo es tan claro como se nos decía hasta hace unos pocos años. Son muchas las preguntas que uno se hace sobre las diferentes religiones: ¿Qué papel juegan las otras religiones en la historia de la salvación? ¿Son reveladas? ¿Cómo opera Dios la salvación fuera de la Iglesia? ¿Fuera del conocimiento de Cristo? ¿Cómo hay que entender aquella frase que siempre se nos inculcó de que “fuera de la Iglesia no hay salvación”?

Los aspectos teológicos son importantes y podrían ocuparnos muchas horas, pero no quiero adentrarme en este laberinto. Como decíamos en el catecismo que aprendimos en nuestra niñez: “Doctores tiene la Iglesia que os sabrán responder”. Tengo, además, la convicción de que, por mucho que indagemos en la cuestión, no vamos a salir de sus dificultades, ya que, al fin de cuentas, no sabemos nada, o sabemos muy poco, sobre la manera como Dios, que es Padre de todos y que ama a todos, musulmanes, budistas, cristianos, ateos, realiza la salvación.

Me referiré, sobre todo a la experiencia que hemos vivido los misioneros. Ésta nos ha enseñado a los misioneros que también en las demás religiones hay cosas muy hermosas. Los cristianos no tenemos el monopolio del bien en el mundo. La realidad del bien ejercido por personas de otras religiones se nos ha impuesto a los misioneros en múltiples ocasiones. En lo que respecta al Islam, uno queda admirado ante los valores que uno descubre en los creyentes musulmanes (fe profunda, respeto de la voluntad de Dios, obediencia a su palabra, etc.)

No podía ser de otra manera. Dios, de la misma manera que una madre no abandona a su hijo, nunca abandonó a su creación, en especial a su obra más perfecta, el hombre, al que se ha dado a conocer por medio de su Espíritu. El reflejo de esa revelación son las diferentes religiones. Como cristianos estamos convencidos que el cúlmen de esa revelación de Dios se realiza en Jesús de Nazaret, pero ello no excluye la acción y la revelación de Dios en las demás religiones. El teólogo Andrés Torres Queiruga lo expresa en términos muy acertados:

“Toda religión es una captación de la presencia reveladora y salvadora de Dios. Y lo es, claro está, de manera humana, es decir deficiente y limitada, con mezcla de errores y oscuridades, avances y retrocesos, deformaciones e incluso perversiones muchas veces terribles. Cosa que vale para todas las religiones, incluida la bíblica en su historia real, y no sólo para las más “atrasadas y primitivas”. En realidad, el principio debe, pues, ser reformulado “todas las religiones son verdaderas”.

Fue una alegría para nosotros misioneros descubrir que nuestra experiencia, la de constatar que hay semillas de Dios en las demás religiones, fue corroborada por el Concilio Vaticano II. Podemos referirnos sobre todo al documento *Nostra Aetate*, que es la Carta Magna del diálogo interreligioso, y cuyo alcance e importancia, a mi parecer, no han sido tomados suficientemente en consideración.

Por otra parte, el tema del diálogo es también importante por sus connotaciones sobre todo de tipo socio-político: El tema del diálogo es un problema teórico, sin duda, pero sobre todo un problema práctico de convivencia humana. La pregunta que todas las personas de buena voluntad se hacen hoy, no es saber quién tiene la verdad, sino cómo poder vivir juntos. Hoy día a la gente no le importa saber quién tiene la verdad (o qué religión es la verdadera.... ya que todas las religiones piensan que la tienen), sino cómo vivir en paz y armonía en esta sociedad tan barajada y diversa en que nos toca vivir. Bien considerado, en el trasfondo de la cuestión, está el tema de la paz, la convivencia pacífica, que sólo se puede obtener en la medida en que sepamos respetarnos en nuestras diferencias.

2. EL COMPROMISO MISIONERO DE LOS PADRES BLANCOS: EXPERIENCIAS.

El compromiso Padre Blanco hacia el mundo islámico está en nuestro origen y en nuestros textos fundacionales. La dedicación al Islam forma parte del carisma Padre Blanco. Nacimos en Argelia para los musulmanes y para África.

Nuestra manera de actuar ha variado desde los orígenes hasta nuestros días. Hay, por ejemplo, algunos textos con respecto a los musulmanes cuyas expresiones no serían hoy bien recibidas, pero que son fruto de un contexto y una teología del pasado. Pero hemos tenido siempre claro que la misión de los Padres Blancos incluye la presencia al mundo musulmán, como un compromiso de amor, –aunque no siempre bien interpretado–, en nombre de Jesús y de su Iglesia.

Hoy día, la práctica concreta de acción de los Misioneros de África, en los países musulmanes es la cercanía, el encuentro fraterno, el diálogo, en la igualdad que nos confiere nuestra común humanidad, y no desde una pretendida superioridad de unos sobre otros, o de una religión sobre otra.

Eso no quiere decir que esta manera de actuar ponga en entredicho nuestra fe en Cristo. Estamos convencidos que Jesús de Nazaret representa el vértice de la revelación de Dios a la humanidad, pero, al mismo tiempo, reconocemos y respetamos la acción del Espíritu de Dios en los pueblos, en las personas y en el Islam. Dios se encuentra más allá de nuestras fronteras religiosas. La primera actividad del misionero es descubrir las trazas de esa presencia de Dios en las personas y en las religiones. La misión no es acercarse a un desierto inhóspito, en el que no hay nada, ni fe, ni valores humanos, ni ética. Dios ha precedido en nuestra actividad misionera. Nos parece imposible que millones y millones de personas que han vivido antes del acontecimiento de Jesús, y aun después, no hayan sido objeto del amor universal de Dios. Nos parece imposible que los musulmanes que tratan de vivir su fe y sus relaciones con Dios santamente, se condenen porque no hayan sido bautizados.

Nuestra actitud hacia los musulmanes toma apoyo en el número 3 de la Declaración Nostra Aetate, ya citado previamente. El texto dice así: “La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios..., viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres, a cuyos ocultos designios procuran someterse con toda el alma, como se sometió a Dios Abraham, a quien la fe islámica mira con complacencia. Veneran a Jesús como profeta, aunque no lo reconocen como Dios; honran a María, su Madre virginal, y a veces también la invocan devotamente. Esperan además, el día del juicio, cuando Dios remunerará a todos los hombres resucitados. Por ello, aprecian la vida moral y honran a Dios, sobre todo con la oración, las limosnas y el ayuno.

Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes, el sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren sinceramente una mutua comprensión, defiendan y promuevan unidos la justicia social, los bienes morales, la paz y libertad para todos los hombres.”

Nuestra actitud hacia los musulmanes toma fuerza también, y sobre todo, en el Evangelio, en la manera de actuar de Jesús con los hombres y mujeres de su tiempo, es decir, salvar lo perdido, manifestar el amor de Dios hacia los marginados y pecadores, los dejados por cuenta como mujeres y niños, los no judíos, la siro-fenicia, la samaritana, el centurión, reconociendo en ellos una fe mayor que en Israel: “jamás he encontrado tanta fe en Israel...”; “el que no está contra mí esta conmigo”... Dios va más allá de los templos, “quiere adoradores en espíritu y verdad”...

¿Cómo se realiza concretamente nuestra misión en los países musulmanes? Voy a considerar cinco países, por ser más representativos de la experiencia personal y de los Padres Blancos: Argelia, Túnez, Níger, Burkina Faso y Sudán. El modo de presencia difiere, pero los objetivos son los mismos en todas partes.

ARGELIA

Es un país roto por las disensiones ideológicas tanto religiosas como políticas. Argelia refleja en pequeño la situación global del Islam en el mundo: fundamentalismo religioso, polémicas religiosas, luchas políticas de partidos, conflictos armados, corrupción, mal gobierno, etc.

La misión en Argelia no fue ni es un camino de rosas. Recojo el testimonio de mis compañeros P.B. en momentos muy difíciles, sobre todo en la época de los años 90. El

conflicto político que vivió el país, tuvo repercusiones nefastas para los extranjeros y cristianos que vivían en Argelia. No estuvieron exentos de aquella barbarie nuestros compañeros Padres Blancos. Hubo 4 Padres Blancos asesinados en Tizi Ouzou. En Argel fueron asesinadas varias religiosas Agustinas. En la región de Blida, en Tihbirine masacraron a 7 monjes benedictinos. El peligro de perder la vida fue tal que algunas órdenes religiosas se plantearon abandonar el país. Nuestra opción fue quedarnos: Lo decían así: “Optamos por quedarnos. Tenemos un compromiso de amor con ese pueblo...No lo abandonamos cuando las cosas se ponen feas”.

Es interesante recoger el testimonio de los monjes de Thibirine. El testamento del abad Christian poco antes de morir es impresionante. Hace falta una grandeza de alma excepcional para expresarse en estos términos: “Si me sucediera un día, ese día podría ser hoy, ser víctima del terrorismo, que parece querer abarcar en este momentos a todos los extranjeros que viven en Argelia, yo quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recuerden que mi vida estaba entregada a Dios y a este país.

Argelia y el Islam son algo distinto del terrorismo...Hay quien dice que los terroristas son bestias inmundas, que no son seres humanos, que no se puede tratar con ellos. Yo digo, que si hablamos de este modo, nunca habrá paz.”. También es impresionante el testimonio de otro monje, hermano suyo, que ejerció de médico durante 50 años en la región. Solamente pedía una cosa antes de morir: “pido a Dios morir sin odio en el corazón”.

Hoy día, las circunstancias en que viven los misioneros en Argelia, continúan siendo bastante precarias todavía, a causa de las presiones que ejercen sobre la sociedad los fundamentalistas y fanáticos. Pero, allí se quedan. Pero allí se quedan. Dios va abriendo caminos donde otros lo cierran. La inmigración subsahariana trae a Argelia la presencia inesperada de cristianos, que profesan su fe. Comienzan a nacer tímidamente algunas comunidades cristianas locales, que toman su origen en la predicación, a veces agresiva de misioneros evangelistas. Las reacciones de los fanáticos son violentas, pero es bueno también que los musulmanes se abran al respeto de la libertad de conciencia y a la aceptación del pluralismo religioso, que se hace cada vez más patente en el mundo.

TUNEZ

En Cartago, desde 1960 a 1964 completé mis estudios de teología. Allí empecé a dar mis primeros pasos misioneros, visitando a los pastores nómadas que vivían cerca de nuestro seminario, interesándome a sus costumbres, a su lengua y a su religión. En febrero de 2008 tuve la alegría de volver a Túnez. Su apuesta continúa siendo la misma del pasado: el progreso hacia la modernidad y al mismo tiempo mantener su identidad religiosa musulmana.

Entre muchos testigos del Evangelio en aquellas tierras, recojo el de un misionero que lleva en Túnez muchos años: Paco Donayre, un granadino enamorado de aquel país:

Resumo su pensamiento en algunas afirmaciones de base:

1. “La misión es un compromiso con un pueblo y unas personas, que se vive gracias a una presencia duradera en el país del otro, compartiendo la vida, la cultura, la lengua de las personas de ese país.

2. “Nuestro encuentro con las personas de un país es la prolongación del encuentro de Jesús con las personas de su tiempo, especialmente con los pobres, los enfermos, los pecadores, los diferentes por la religión...”

3. “Entre cristianos y musulmanes puede haber una verdadera fraternidad basada en una búsqueda común de la voluntad de Dios... nos hacemos hermanos y amigos. Me siento feliz cuando me dicen: Eres mi único verdadero amigo”...

4. “Me ha tocado animar grupos de mujeres cristianas casadas con tunecinos. A veces, algunos maridos estaban presentes. Uno de los problemas que tienen esas mujeres es la educación de sus hijos. La referencia que tienen es el Credo. Ahora bien los grandes misterios cristianos son negados por el Corán. Enseñarlos a los hijos, supondría en la mayoría de los casos, enfrentarse con su pareja. De esta manera “buscamos un punto de encuentro en el que los maridos no podían oponerse... Optamos por referirnos al Evangelio, los evangelios sinópticos. Nos dimos cuenta que había un fondo común impresionante entre el cristianismo y el Islam. Una madre cristiana, casada con un musulmán, puede decir muchas cosas a su hijo sobre Dios y sobre el hombre según Dios sin incomodar al marido.

5. “En Túnez, yo no puedo anunciar la muerte y la resurrección de Jesús directamente... pero hay un terreno en el que coincidimos todos, musulmanes y cristianos: son los valores que Jesús vivió y predicó, los valores del Reino”.

6. “A veces nos imaginamos a las demás religiones un desierto espiritual donde nada bueno nace. La realidad es muy diferente. Un ejemplo: “tengo una amiga cristiana que ha pasado mucho tiempo en el hospital. Tenía una enfermedad grave y dolorosa. Sufría mucho. Una enfermera musulmana, con velo, al estilo afgano, cubierta de negro de los pies hasta la cabeza se ocupaba de ella con mucho esmero y cariño. Esta amiga me decía: Nunca nadie me ha manifestado tanta ternura como esta musulmana. Ni siquiera mi madre.”

La anécdota que cuenta mi compañero Paco me trae el recuerdo una visita que hice en Ghardaïa con un compañero a un centro para discapacitados. Se ocupaban de él unas enfermeras musulmanas. Unas monjas no lo hubieran hecho mejor. Esto nos muestra que hay gente buena en todas partes y que los cristianos no tenemos el monopolio de hacer el bien.

NIGER.

Es un país subsahariano de 13 millones de habitantes. Casi un 100% de sus habitantes son musulmanes. Apenas hay 20.000 cristianos. Los cristianos autóctonos son muy pocos. Ser musulmán forma parte de la identidad nacional nigerina.

A principios de este año realicé un viaje de dos semanas, corto, pero sustancioso, a través del sur de Níger, que me permitió conocer el trabajo de los compañeros Padres Blancos que allí trabajan. El ejemplo de las religiosas, discreto, pero profundo, me llamó poderosamente la atención. Las Hermanitas de los pobres son un testimonio vivo de su amor a los musulmanes, incluso a pesar de haber sido objeto de varios robos. Ver su sonrisa y su paciencia era una delicia. Lo mismo ocurre con las Hermanas de Teresa de Calcuta, que se ocupan de los enfermos de Sida en la ciudad de Niamey. Su

dedicación a los enfermos y su constancia en la oración envían un mensaje de amor universal difícil de olvidar.

Mi compañero catalán , Pep Frigola, que lleva en Níger más de 20 años, y dirige en todo el ámbito nacional un programa de alfabetización de adultos, inspirado en el conocido profesor y hombre político Paulo Freire, cuenta cómo fueron sus comienzos en la misión: “En Níger nadie nos conocía , apenas había cristianos. No sabíamos por dónde comenzar: Así que nos íbamos a la calle, al mercado, a visitar a los pueblos. Nuestro despacho era la calle y las casas de los vecinos. Nos hacíamos presentes a todo el mundo durante las fiestas y los funerales. Echábamos una mano, cuando se presentaba alguna necesidad. A veces nuestra acción era un silencio lleno de respeto ante los misterios de la vida. Actuábamos con la convicción de vivir el Evangelio y saber que: “lo que hicisteis al más pequeño a mí me lo hicisteis...” A esta actividad nuestra la llamábamos la pastoral de la estera. Con ellos expresábamos simbólicamente lo que de verdad ocurría cuando íbamos a visitar a la gente: sentarnos con la gente, charlar, y compartir. Nuestra oración era concreta, dábamos gracias a Dios con la gente, pedíamos por sus necesidades”.

BURKINA FASO...

Es otro país subsahariano con 14 millones de habitantes, pero algo menos extenso en superficie. La peculiaridad de este país es que la misión cristiana es muy floreciente. Las conversiones al cristianismo son masivas. Es, además, un país con el que me siento vinculado de manera especial. No en vano permanecí en él durante 20 años. Fueron años felices, los años de mi primera experiencia misionera de inmersión total en la lengua, las costumbres tradicionales, la comunión de vida a través de las visitas a los poblados, la participación en las fiestas locales, etc.

En Burkina Faso, el Islam está bien establecido, pero es minoritario. El contacto con los musulmanes era fácil, debido a la tolerancia africana que impregna las relaciones humanas. Nuestro trabajo, sin embargo, estaba hecho menos de contactos directos con los musulmanes (la pastoral ordinaria apenas nos dejaba tiempo para ello) que de formar a las comunidades cristianas a apreciar los valores del Islam y conservar las buenas relaciones de vecindad ya existentes, evitando disputas que no conducen a nada; mantener buenos niveles de convivencia y paz social sobre todo durante las fiestas religiosas; y a veces buscando colaboración en tareas comunes en vistas al bien común (construcción de escuelas, desarrollo).

Un resultado concreto de esta manera de actuar fue la elaboración de dos libros, uno dirigido a los cristianos y otro a los musulmanes, una iniciativa de la Conferencia Episcopal de África del Oeste para las Relaciones con los musulmanes. El primero de ellos llevaba el título de “*¿Conoces a tu hermano, para conocer mejor a nuestros hermanos musulmanes?*” (una presentación amable del Islam a los cristianos) El segundo era: “*Unidos en la fe al Dios único*”.

SUDÁN

Sudán es el país más grande de África en superficie. El norte del país es casi enteramente musulmán; el sur cristiano y animista, con una minoría de musulmanes. En

Sudán estuve diez años. Resumo esta experiencia diciendo que fue una de las más hermosas vivencias pastorales y humanas de mi vida. Mi presencia en Sudán, coincidió con la guerra civil entre el Norte y el Sur, provocada por la tiranía de un Gobierno islámico, que todavía perdura, y que expresaba una voluntad de dominación total hacia los ciudadanos sudaneses, tanto en lo social y religioso, como cultural y económico. El conflicto generado por estas circunstancias fue causa de mucho sufrimiento y muerte (dos millones de muertos y cuatro millones de desplazados y exiliados).

Nuestro dilema como cristianos se planteaba en estos términos:

¿Cómo vivir la fe en un ambiente hostil?; ¿cómo ayudar a una comunidad sufriente a vivir el Evangelio en medio de la persecución? Ésta fue la articulación de nuestra respuesta:

- Denuncia de situaciones injustas a las que se sometía a los cristianos: sobre todo la discriminación a favor de los musulmanes por motivos religiosos, ejercida por el Gobierno a través de sus instituciones (hospitales, cárceles, oficinas, lugares asistenciales). No se pedían privilegios sino los derechos que acordaba la ciudadanía a todos los sudaneses.

- Afirmación de derechos: reivindicación de la libertad de conciencia y de culto público. En algunos países musulmanes estos derechos son apenas reconocidos. Esta reivindicación de derechos generalmente lleva a la cruz. Y ésta a su vez de la identidad cristiana, cuando se vive con la fe y esperanza de que la última palabra la tiene Dios.

- El diálogo de la vida, con los vecinos, compartiendo acontecimientos: alegrías y tristezas, que forman parte del entramado de la existencia. Este género de diálogo es el más fácil y asequible a todos.

- La creación de un estilo de Iglesia abierto a los que no son de nuestro grupo. El amor y la solidaridad para con todos es la manera de vivir el Evangelio en plenitud, de la manera en que lo vivieron los primeros cristianos, sin apoyos institucionales ni privilegios (es la tentación de todas las Iglesias: buscar el apoyo del poder institucional).

3. PAUTAS DE ACCIÓN

Los tiempos han cambiado. Los creyentes del Islam estaban lejos en el pasado. Ahora están en nuestra casa. El Islam se hace presente a través de los inmigrantes. Son pocos en el país vasco, dentro del Estado español son probablemente los menos, apenas diez mil. La comunidad musulmana cuenta en Europa con unos 15 millones de fieles. Una parte posee ya la nacionalidad del país en que viven, de manera que ya no pueden llamarse “emigrantes” o marroquíes, argelinos, etc. sino que son ciudadanos europeos. Representan el 3% de la población total.

En el Estado español viven entre quinientos mil hasta un millón, según las estimaciones y el peso que se dé a los sin papeles. O sea, en todo caso algo por debajo del 2% de la población total. Está lejos de la media europea y por supuesto lejos aún del porcentaje, mucho más elevado, de algunos países como Francia con más del 7%, y Bélgica, Alemania o Inglaterra.

La actitud de base generalizada de la mayoría de la gente con relación a los musulmanes es la desconfianza, el rechazo, el miedo. Esto es lo que se oye decir sobre ellos: “*no son de fiar; nos invaden; nos quitan el trabajo; no se integran en nuestro país*: (no aprenden la lengua, guardan su cultura, sus costumbres (velo, alimentos) y su religión. Si la convivencia se hace difícil se les echa la culpa. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar?

He aquí algunas pautas muy generales (mínimos para una convivencia aceptable)

1°. Liberarnos de los prejuicios, los estereotipos, las ideas prefabricadas, los clichés que tenemos con respecto a ellos, ocasionados muchas veces por una formación a la historia y a las culturas ajenas a la nuestra, desde un punto de vista parcial. Darse cuenta de que cierta prensa juega a veces un papel nefasto en la falta de acogida, alentando las actitudes xenófobas

En este sentido es importante tener hacia ellos una mirada compasiva y samaritana, rompiendo el hielo de las dificultades de los primeros contactos y reacciones hostiles; darse cuenta de que muchos de ellos viven situaciones inhumanas de falta de trabajo y alojamiento deficiente, sin contar las dificultades que acarrea el desarraigo cultural y el éxodo a otros lugares. Hay que entender que la petición que se les hace de adaptarse a la nueva cultura, no quiere decir que tienen que abandonar su propia identidad religiosa y cultural. La “adaptación” no quiere decir “asimilación” ni abandono de la identidad cultural o religiosa.

2°. Tratar de conocer mejor su religión y sus costumbres...

No se trata de un conocimiento profundo, de científicos o de especialistas. Es suficiente un conocimiento básico, sobre su fe, su manera de relacionarse con Dios en el culto, y su manera de comportarse en la sociedad. La ignorancia es un *handicap* que impide las buenas relaciones. Una manera práctica de facilitar este conocimiento mutuo práctico es el de fomentar, por ejemplo, sesiones de formación e información entre musulmanes y cristianos.

3°. Aplicar al encuentro interreligioso este gran principio de base: “no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti”. Si me gusta que me acojan, ser yo mismo acogedor. Si no me gusta que me desprecien o me juzguen por las apariencias, ser yo mismo apreciativo y juzgar en positivo a los demás. Podemos aplicar este principio cogiéndolo por el lado contrario, es decir, haciendo a los demás lo que deseas que los demás hagan para ti, apreciando y respetando su fe, sus libros santos, sus hombres religiosos, sus ritos, sus fiestas, los símbolos que más aprecian: el Corán y Mahoma. Así se expresaba el poeta Rilke: “No he podido adentrarme mucho en la lectura del Corán, pero lo suficiente para darme cuenta que allí se encuentra el dedo de Dios...”

4° Una fórmula muy amplia y básica de este principio podría ser: “Comportarnos como un buen ciudadano, un buen demócrata, un buen profesional y un buen cristiano”. Merecería la pena reflexionar sobre lo que esto significa de manera concreta:

¿Como buen ciudadano? Respetar los derechos de ciudadanía: Todos los que viven en un lugar determinado tienen los mismos derechos y deberes. (ciudadanos son todos los que se encuentran en un lugar determinado aunque no tengan la nacionalidad de lugar...)

¿Cómo buen demócrata? Respetando en los demás los mismos derechos y libertades que me otorgan las leyes.

¿Cómo buen creyente? La acogida... la hospitalidad... la solidaridad... (Mateo, 25; el buen samaritano...) Una palabra amable, una sonrisa, un gesto. Cuento sin pretensiones de virtud lo que me ocurrió en el aeropuerto de Bruselas, que para los poco iniciados se convierte en un verdadero laberinto: vi a un hombre manifiestamente musulmán acompañado de una mujer con velo, que se encontraba perdido. Di la vuelta y los acompañé hasta dejarles en el buen camino. Cosas como ésta las puede hacer cualquiera.

Una pregunta: ¿Se pueden aceptar en nuestro país costumbres de otras religiones? Por ejemplo: ¿pueden aceptarse en nuestro país las reivindicaciones de algunos musulmanes para que se introduzca la ley islámica? (poligamia, castigos corporales, el velo).

El principio para mí es saber si lo que se pide respeta los derechos humanos. Pienso que se puede y debe aceptar lo que no va en contra (costumbres alimenticias, celebraciones, construcción de minaretes y mezquitas, cementerios, el porte del velo, a menos que se requiera una identificación. Pero, no se deben aceptar aquellas costumbres que representan una negación de los derechos humanos mundialmente reconocidos: igualdad de todos ante la ley y no discriminación por razones de sexo, raza, o religión. La poligamia representa una recesión en los derechos de las mujeres a ser respetadas de manera igual que los maridos ante las leyes.

5°. Pero, se puede compartir la fe, hablar de Dios (a los musulmanes no les extraña hacerlo) pero no es bueno discutir sobre temas religiosos. La experiencia muestra que hay diferencias infranqueables y que éstas llevan a menudo a discusiones estériles. Importa más desarrollar las actitudes humanas de amistad, ayuda mutua entre vecinos, colaboración mutua y lucha por la justicia. Se puede ir muy lejos en la amistad y en la solidaridad mutua.

ALGUNAS CONCLUSIONES:

1. La diversidad religiosa es una realidad inevitable del paisaje de nuestros pueblos y ciudades. (Por mucho que se haga para reprimir la llegada de nuevos inmigrantes) pero es también una oportunidad, tanto para los musulmanes que llegan, como para nosotros que los recibimos en nuestro país. La presencia de los musulmanes (su ejemplo de fe) puede representar una gracia de renovación para nosotros personalmente y para nuestras iglesias.

2. Las culturas y las religiones, lo mismo que la convivencia se enriquece con el dar y el recibir, realizado en la humildad. Nadie tiene el monopolio de la verdad ni de la virtud. Nos toca a nosotros, por nuestra parte, dar ejemplo cristiano: (Desgraciadamente, Occidente no es un ejemplo para ellos desde el punto de vista religioso y ético moral...)

3. Es necesario recuperar el espíritu del Evangelio y el ejemplo de Jesús en el trato de personas de otras religiones, recuperar las virtudes de aprecio, apertura, tolerancia, solidaridad. Cada vez estoy más convencido que necesitamos cambiar nuestros conceptos erróneos de Dios, el Dios del clan, de la tribu, el Dios excluyente, y convertirnos al Dios de Jesús, el Padre, Padre de todos, de buenos y malos. Los

anatemas, las condenaciones no conducen a ningún lado: En cambio, los encuentros, el dialogo la colaboración y la amistad producirán la paz, la buena convivencia, la justicia, el amor.

Cuenta el P. Peyriguière, discípulo de Charles de Foucauld que “un día el imán me dijo: Tú eres cristiano y estás seguro de tener razón. Yo soy musulmán y digo lo mismo: estoy convencido de tener razón. Pero, lo importante no es eso. Lo importante es que tú y yo nos tengamos de la mano. Así, cuando vayamos al otro lado podremos ayudarnos mutuamente”.

Agustín Arteche Gorostegui
San Sebastián, 14 de octubre de 2009